

proclama esa escuela como una institución política entre nosotros, el resultado inmediato va á ser, yo mismo lo diré, la destrucción de todo lo que existe, el aniquilamiento de nuestra organización social. Está bien: yo convengo en todo; pero no queráis sacar de esos hechos necesarios una consecuencia falsa á todas luces: que la escuela democrática es destructora; para probar la falsedad de tan absurda consecuencia, sóbranme razones.

La época que en la actualidad estamos tocando, es una época de crisis, lo he repetido ya hasta el fastidio; y en esas épocas, preciso es que la ruina de todo lo viejo y que anda haciendo mal en la sociedad, sea un hecho consumado, para que así las exigencias sentidas sean satisfechas por las instituciones nuevas. Si entre nosotros existe tan lamentable estado de cosas, si es necesaria absolutamente la destrucción de todo lo existente, cúlpese á nuestra excepcional época, y no á la escuela democrática que lo mismo que, las otras escuelas políticas, solo tiende á plantear ciertas instituciones.

Es necesario, pues, distinguir la adopción de las ideas democráticas de la destrucción que siempre engendran tiempos de transición: entre nosotros, ambas cosas coinciden á la vez; y la democracia no viene á ser, en último término, mas que la satisfacción de las necesidades de nuestra época.

Cuando os hablaba de ciertos hechos históricos que llamé providenciales, os dije que no olvidárais las lecciones que nos dá la filosofía de la historia: cuando me entretenía en considerar científicamente nuestra misma emancipación política de la metrópoli, os llamé fuertemente la atención para que no olvidárais las reflexiones que hacía, porque os dije que ellas tienen influencia con las verdades que me he propuesto demostrar.

Pues bien: tiempo es de que esplotemos aquellas verdades. Ninguno de esos hechos providenciales se consumó

en el mundo sin costar amargas lágrimas á la generación que los presenciara, sin que hiciera correr la sangre de los pueblos, sin que conmoviera á las sociedades. Recorredlos uno á uno con la historia en la mano y hallaréis que mis labios dicen verdad. Y para no molestaros, solo os preguntaré, ¿sabéis cuánta sangre costó la Independencia de México? ¿Sabéis cuántos crímenes cometieron los dominadores para impedirla? Pues si nuestra situación debe tener un fin, necesario es aceptar nuestra época tal como es.

Muy bien me he cuidado, señores, de entrar en una seria discusión sobre los principios constitutivos de la democracia: sé que ocupo una tribuna nacional y no una cátedra académica: sé que tengo hoy misión distinta de la de levantar polémicas teóricas. He venido á exponer con firmeza y sin miedo lo que pienso y lo que siento sobre el porvenir de mi Patria: he venido á señalar con el dedo las causas de su infortunio: he venido á manifestar á los mexicanos que su Independencia que hoy celebran, está seriamente comprometida: he querido pensar en los medios de salvarlos de los peligros que les amenazan: en la manera de llegar á ser grandes, felices como conviene que sean los hijos de un Hidalgo. Sabedor del presente afligidísimo que estamos tocando, no he querido entonar un canto estéril que sonaría fatídico entre las ruinas de nuestra Patria, que infamaría la memoria venerable de Hidalgo. En los días supremos de aflicción, se evitan los peligros, no se oculta su realidad con palabras pomposas.

Por esto que acabo de decir, no me ocuparé de manifestaros cuál es la misión organizadora de la democracia; y por esto mismo he andado en mi discurso por el camino que he traído. Yo creo que he honrado este día, probando que la salvación de México no puede ser obra sino de las ideas democráticas; y un deber de conciencia como hombre de honor y como republicano, me ha impelido á manifestar mis opiniones con toda su claridad. Lo he hecho sin temor

y sin miedo, sin adulación y sin lisonja, sin rodeos y sin ambages.

Una idea mortificante ha venido á mi mente, os la diré con franqueza. Hay republicanos entre nosotros que tímida-mente tímidos, desconocen en el campo de los hechos las teorías que profesan. Tristeza dá pensarlos; pero asegurarlos es necesario: el partido republicano de Mexico ha tenido miedo hasta hoy, y ha querido sobreponerse á una situación complicadísima, estipulando absurdas transacciones. El resultado de esa conducta cobarde, ha sido lo que en los nueve últimos años ha acontecido entre nosotros. Si de hoy mas no deja el partido republicano esos temores, no será castigado como hasta aquí: sin poder ya sufrir México otra revolución, la esclavitud americana será el sello de su ignominia.

No: el grande partido republicano, estrechamente unido con confianza en sus propias fuerzas, sin ocuparse de mezquindades que le deshonran conociendo la grandeza de sus destinos, la importancia necesaria de sus esfuerzos para salvar á México, su cooperación eficaz en la obra de la humanidad; el partido republicano, digo, debe por fin conocer la oportunidad de los tiempos y deponer ridículos miedos. Si esto no es así, yo el primero renegaré de ese partido que se llena con ruines ambiciones de sectario y desconoce que tiene un destino providencial en México.

México se ha de regir necesariamente por instituciones liberales: es necesario que esta verdad, la reconozcan nuestros amigos y nuestros enemigos. Sobre ser la democracia hoy el espíritu del siglo, la necesidad de la época y la exigencia de la civilización, como la Italia, la Francia, la España, la Austria y toda la América lo están probando con hechos que no negarán ni los más ilusos partidarios, con tal que una sombra de pundonor les haga avergonzarse de la mentira; sobre ser la democracia, repito, una necesidad del siglo, razones de solidez indestructibles vienen entre

nosotros á confirmar esa misma verdad. Hablemos con franqueza: el partido conservador, durante la administración de Santa-Anna, prodigó su oro; puso en juego todos sus gastados resortes; impuso silencio ominoso á la prensa; quiso destruir al partido republicano; desterró, se apoderó de los destinos de México, y nadie había ya en apariencia que le combatiera. Lo que sucedió ya lo sabéis, señores. ¿Y si ese partido no pudo *conservarse* cuando ya contaba con el triunfo, podrá constituir á México? Locura y crimen es pensarlos. Locura, porque los hechos nos están diciendo lo contrario: crimen, porque la sangre de los mexicanos no se derrama impunemente.

El partido conservador no puede ya dar, no puede ofrecer á México lo que no le haya dado, ofrecido y que haya sido insuficiente para constituirle: el partido republicano asistido de la doble potencia del espíritu del siglo y de la voluntad nacional, no há, ni con mucho, aplicado á nuestra Patria todas sus teorías, entre esos dos partidos no hay medio: el conservador es un viejo impotente que no sabe mas que recordar un pasado que no volverá: el republicano es un joven que pelea en el campo de batalla, que habla en la tribuna, que tiene fé en el porvenir. No hay, pues, otro recurso que abandonarse á la escuela democrática para que ella nos haga por fin felices.

Pero si esto no es así, si el partido conservador sigue haciendo la guerra al republicanismo, si con su oro y con su influencia se sigue oponiendo á la marcha de las ideas del siglo y á los esfuerzos de la voluntad nacional, entonces la democracia de los Estados-Unidos vendrá á enseñar á nuestro partido conservador que no es posible ni conservar fueros, ni amortizar millones, ni engañar á los pueblos en el siglo XIX: entonces esa democracia, borrando nuestra raza de la faz de los pueblos, hará triunfar los derechos del hombre que acá en México se huellan.

No quiera Dios que así suceda, conciudadanos! No quie-

ra Dios que venerando ideas condenadas por la Providencia y maldecidas por la humanidad, seamos tan imbéciles que solo leguemos á nuestros hijos el derecho de cubrirnos de baldón y de infamia! Y sin embargo, lo que os acabo de decir es nada menos que el problema de México: á vosotros toca resolverle.

Mis palabras severas, pero verídicas, reprobadas por algunos, vistas con desconfianza por otros y solo bien recibidas por pocos, están contrastando notablemente con el aparato de esta fiesta: me anticipo á decíroslo. Mi deber como orador del pueblo me ha impedido, sin embargo, á usar ese lenguaje: sin saber adular, no he querido revelar un júbilo que no existe en mi pecho y que engañaría á mi Patria en los momentos supremos de su aflicción; y cuenta, señores. que mi corazón de patriota que adora á Hidalgo, que jamás ha cesado de bendecir la memoria de nuestros héroes; mi corazón de patriota, repito, me lleva por el mismo camino, solo de una manera se puede honrar hoy el día 16 DE SEPTIEMBRE DE 1810, haciendo inscribir en la historia mexicana otro suceso tan glorioso como el que hoy recordamos:

Pero me ocupo en hablar de mí mismo cuando la importancia de las cosas reclama toda nuestra atención. Perdonadme un abuso que nunca justificará mi insignificante pequeñez.

Para colocarse á la altura que la situación nacional demanda, necesitan los esfuerzos del héroe, la esperanza del mártir, la fe del apóstol, la abnegación del republicano, el patriotismo de Hidalgo. Jefes de la revolución mexicana de 1855, si de estas virtudes sois capaces comprended la importancia de vuestra misión, la grandeza de vuestros destinos! Váis á trabajar en pro de los derechos siempre despreciados de la humanidad, no tan solo en favor de los intereses de la gran familia mexicana. Váis á resolver el gran problema humanitario y evangélico que, anunciado hace 19 siglos por Jesucristo, encierra el porvenir del mundo

político; no tan solo váis á llenar las necesidades de un pueblo. . . . El mundo os mira, la humanidad os contempla: obrad. La historia ha tomado ya su cincel para gravar vuestros hechos en los mármoles de los tiempos. . . . Bendición y gloria por los siglos de los siglos á vuestros nombres, si obráis bien: maldición y anatema sempiterno á ellos, si hacéis mal! . . .

Soldado de Guerrero: hombre de la libertad! Los títulos gloriosos que tienes ya á la gratitud de la Patria se convertirán en oprobio é ignominia si no quieres hacer los sacrificios que México reclama en 1855. Compañero de los héroes de la Independencia! Sabe descender á la tumba como descendió un Hidalgo, un Washington . . .

Pueblo mexicano, muéstrate digno de tus héroes! . . . El coloso del Norte será tu sepulcro si no procuras para la Patria un día tan fausto como el 16 DE SEPTIEMBRE DE 810 . . .

Generación que te levantas: juventud mexicana! Mira el porvenir: él te pertenece. no te asuste su negra y tormentosa oscuridad. ¿Quieres un nombre en la historia? El porvenir te lo dará. ¿Ambicionas las bendiciones de un pueblo? El porvenir te las dará. Animo, juventud mexicana, arrójate con denuedo en ese borrascoso mar que tienes á la vista, y yo te lo prometo, el soplo de Dios te hará tocar en las playas deseadas de la libertad. Si la tormenta brama, si el viento zumba, si el abismo está pronto á tragarte, nada temas, porque tienes providencial destino . . . Cuando Hernán Cortés pisó el territorio de México, hizo que el fuego consumiera á sus buques . . . Imita, juventud mexicana, para hacer libre á México, la heroicidad que fué necesaria para aprisionarle entre cadenas.—

Dije.